

EL TÁBANO DE ATENAS

NELSON BARROS CANTILLO*

RESUMEN

Es un avance de investigación acerca del desempeño dialéctico de Sócrates en cuanto abogado de sí mismo en el juicio incoado en contra suya por la *polis* ateniense en el 399 a.n.e. Consecuencia de esa exploración microhistórica y hermenéutica, centrada principalmente en *La Apología* (y complementada con otros diálogos “socráticos” de Platón), es la tesis que nos muestra un Sócrates desconocido: maniático, intolerante, gárrulo, falaz y supersticioso, un perfil de personalidad y temperamento, resueltamente distinto de la imagen clásica acuñada por Platón y enriquecida por los exégetas y cultores históricos de su saga intelectual.

Palabras clave

Sócrates, Atenas, Apología, Platón, Metalógica, Hermenéutica.

ABSTRACT

It is a preview of the research about Socrates's dialectical performance as lawyer of himself at the trial opened against him by the Athenian polis in 399 BC. As a result of this microhistorical and hermeneutics exploration, that it is mainly focused on the Apology (and supplemented with other Socratic dialogues of Plato), the thesis that shows us an unknown Socrates: cranky, intolerant, garrulous, false and superstitious, a personality profile and temperament that is resolutely different from the classic image coined by Plato.

Keywords

Socrates, Athens, Apology, Plato, Metalogic, Hermeneutics.

Recibido: Enero 24 de 2012

Aceptado: Febrero 27 de 2012

* Docente investigador de la Universidad del Atlántico. Miembro del Grupo de Investigaciones Amauta Categoría B Colciencias.

Paladión

El Sócrates a que se abocan los lectores de esta obra es resueltamente heterodoxo y sorpresivamente “inverosímil”. Son dramáticos sus fuertes contrastes con las versiones “clásicas”, particularmente platónicas, sobre la vida y obra del gran maestro de Alopece. Un Sócrates insincero, delirante, megalomaniaco, abusivo, intransigente, odioso, agorero y sofístico, entre otros defectos de pensamiento y personalidad, es un concepto de muy difícil asimilación académica, sobre todo si se tiene en cuenta que su legendario nombre representa un ícono de honestidad moral y un paradigma de entereza intelectual a lo largo de casi 24 siglos de historia occidental.

Empeño y obsesión del autor ha sido querer mostrar, por lo contrario, qué tal sería verdaderamente el caso respecto de Sócrates, asociado a ciertas situaciones históricas concretas en las que procurarse ventajas por medio de artimañas y estratagemas, “evadirse sagazmente por las ramas del discurso” o desmentir las imputaciones con sofismas, no son argumentos, comportamientos o métodos, compatibles con la excelsa investidura de un filósofo magno o con la empinada condición ética del sabio.

Acarando las imputaciones penales de impiedad y corruptor de jóvenes en el juicio incoado contra él hacia el año de 399 a.n.e. Sócrates asume formalmente la defensa de sí mismo.

Ha descartado los servicios del mejor abogado que pudieron ofrecerle sus discípulos y amigos porque lo que quiere alcanzar ante los jueces y el pueblo de Atenas no es el descargo de las acusaciones grabadas en el papiro de la denuncia, sino la demostración incontrovertible de que el verdadero sabio es incapaz de violentar la ley. Es por ello que su apología tiene mucho más de filosófica que de jurídica, de abstracta que de concreta, de evasiva que de comprobatoria.

Cuando acara a los oradores de la acusación, el filósofo no muestra escrúpulos en ridiculizarlos y ensañarse con ellos de modo personal. No le basta con desarticular los argumentos de ellos con alegatos plenos de inconfundible sofistería, sino que busca retaliar la ofensa de haber sido acusado con una invectiva todavía mayor. Y no es que el prurito de abusar de cualquier oponente con el sello de su genialidad retórica, haya emergido en toda su ferocidad durante el curso de la Audiencia. Por el contrario, Sócrates era mucho más pendenciero, agresivo e insufrible en la cotidianeidad de su vida como ciudadano de la *polis* de lo que nos lo muestra Platón en el diálogo que nos ocupa. Evidencia de ello son los sobrenombres con que la heteróclita ciudad tuvo a bien rebautizarlo: “el tábano de Atenas” (que no cejaba en mortificar, asediar, acosar a su presa) y “el torpedo de mar” (que la paralizaba con el fuetazo de su palabra erística).

La investigación que precedió a la hechura de este libro hubo de trasegar algunos meandros inesperados que, partiendo de la *Apología*, incursionó en otras fuentes históricas dadoras de información acerca del comportamiento privado y público de Sócrates. No de otro modo podría haberse llegado a barruntar la imagen heterodoxa del Sócrates aquí presentado.

Se trata este ensayo, por supuesto, de glosas críticas e inferencias razonables, que quedan expuestas a los ataques parciales o totales, de que son presa los juicios de naturaleza estocástica conjuntamente con sus conjeturas o teorías de mediana y alta probabilidad.

I. Lineamientos exegéticos

La investigación microhistórica de corte hermenéutico, se propone la faena de incursionar y escudriñar en el lado indeseable –hostil, falaz, soberbio y pendenciero– de la personalidad de Sócrates; un tema tabú que el temor reverencial de la mayoría de didactas y maestros de filosofía no ha permitido ventilar cómodamente en 24 siglos de púdico silencio. La historia registra otros repudios anti-socráticos, por supuesto. Pero son distintos los motivos que los incubaron y diferentes los argumentos invocados para sustentarlos.

Se trata, aquí, de una “lectura” filológica, jurídica y axiológica que desata una conjetura personal acerca de

algunos temas espigados del diálogo *Apología*, escrito por Platón para registrar la defensa forense que de sí mismo hiciera Sócrates con ocasión del proceso penal incoado en contra suya por los supuestos delitos de “impiedad” y “corrupción de la juventud ateniense”. El libro de Jenofonte sobre el mismo tema e idéntico título (1), ha sido glosado alternamente para espigar puntales con qué avalar los conceptos desarrollados sobre el antedicho diálogo de Platón. También para contar con la inevitable síntesis de identidades, desemejanzas y contradicciones entre las dos obras susodichas, buscando realizar un fértil estudio comparativo de resultados e ideas convergentes con los lineamientos metodológicos de la investigación emprendida.

El filósofo-reo, Sócrates de Alopece (2), tanto por la forma en que adelantó su alegato litigioso frente a la Audiencia que lo juzgaba, como por el contenido y praxis de su doctrina ética, asociable, en general, a la causa de su defensa, es el referente principal de la investigación –apocopada luego en las páginas de la presente obra– que propuso y sustentó la conjetura de haber Sócrates incurrido, en el juicio penal y fuera de él, en conducta incompatible con su empinada investidura de filósofo, sabio magno y escogido “vocero” del dios Apolo.

Se trata, por lo básico, de un trabajo hermenéutico que se apuntala con informaciones históricas de confiable

condición y que converge con inferencias verosímiles de la misma naturaleza. Es –para decirlo con la jerga de los glosadores y exegetas–, una “lectura heterodoxa” de la *Apología*, lograda con el método arqueológico-documentario, que se aparta de las versiones tradicionales o clásicas, siendo consistente consigo misma de principio a fin. El método exploratorio de la arqueología documentaria aportó heurísticas de sumo valor funcional para encarar los inevitables contratiempos hermenéuticos que emergen en el decurso de este género de empresas exploratorias caracterizado por la implícita poquedad de informaciones claves.

Lo que se tacha de “falta contra su propia investidura de sabio”, por lo “innoble” en lo forense o “indelicado” en lo moral, no son propiamente delitos contra la administración de la justicia (sobornos, perjurio, falsedad documentaria, prevaricato, o cohecho), sino “picardías”, cosas de pícaros o pillastres (astucias, engaños y estratagemas), que aun siendo fenómeno frecuente y permisible como comportamiento corriente de los abogados de entonces –y casi que de cualquier época– no pueden serlo parejamente si provienen de un varón tan insigne como Sócrates, mayéutico de la filosofía moral, según implícito mandato del dios, y “sabio mayor entre los hombres”, por dictamen textual del Oráculo de Delfos.

Las obras “paralelas” de Platón y Je-

nofonte, versadas sobre la autodefensa asumida por el filósofo Sócrates,* han sido tomadas en préstamo intelectual para coadyuvar en la investigación aquí resumida. Las “apologías” mentadas constituyen fuentes de conocimiento más o menos directas y relativamente confiables de los datos llamados “primordiales”, desde cuya verosimilitud se establecen asociaciones conceptuales creíbles y se infieren conclusiones razonables acerca de un nuevo modo –heteróclito, contestatario y pugnaz– de entender e interpretar la autodefensa forense del sabio griego.

Libros de data posterior y heterogéneo talante, como los muy bien ponderados de Diógenes Laertio y otros autores versados en la antigüedad griega, así como los de data reciente (Kraus, Mondolfo, Ortiz, Silverberg, Abbagnano y Taylor, entre otros), han surtido a sus lectores de exégesis clásicas y puntos de vista eruditos –en ocasiones estereotipados– sobre el temario de la autodefensa de Sócrates, los enigmas y paradojas que contiene su discurso “litigioso” y, en general,

* Jenofonte y Platón escribieron sobre el proceso que el poder jurisdiccional de la ciudad-Estado de Atenas adelantó contra el ciudadano Sócrates de Alopece, en el 399, a.n.e., por los supuestos delitos de “Impiedad y corrupción de la juventud”. Jenofonte regala a sus lectores con el retrato de un Sócrates más práctico y mundano, más de “carne y hueso”, más cotidiano y vulnerable, que el delinado por Platón, que es, por contraste con aquel, mucho menos anecdótico, personal, circunstancial y biográfico. El de Platón, es el Sócrates filósofo y retórico del que Jenofonte no rinde muchas cuentas debido probablemente a su formación intelectual que daba más para historiar los hechos llanamente, que para elevarse a filosofar sobre ellos.

las hipótesis propuestas para intentar resolverlos.

La historia no siempre consiste en una sola interpretación o versión sacra del asunto examinado, que el lector deba acoger ciegamente para sí como artículo de fe. La mayoría de historias de la filosofía apenas se ocupan del juicio a Sócrates y de la calificación de su autodefensa procesal: no disienten las unas de las otras en lo vertebral de sus argumentos o en lo esencial de sus reflexiones y corolarios. Lo que hacen es plegarse por pareja obediencia o subconsciente acatamiento, a la versión platónica o clásica del famoso suceso judicial y filosófico, convertida por el paso de los siglos en estereotipo del facilismo exegético y en patrón de las rutinas mentales conservadoras que desalientan y damnifican la propuesta conceptualmente sediciosa de realizar otras “lecturas” para entender lo mismo de modo diferente.

La metodología ensayada en la investigación cuya apretada sinopsis se compendia en los límites textuales de este libro, consiste en el examen analítico de los argumentos empleados por Sócrates en la Audiencia de marras para defenderse de sus acusadores forenses o arremeter dialécticamente contra ellos; y en la propuesta de un punto de vista novedoso para calificar el comportamiento exhibido por el filósofo a lo largo de su actuación en el proceso penal como defensor oficioso de su propia causa jurisdiccional.

En casi todas las eventualidades retrodictivas más importantes a que hubo lugar en el desenvolvimiento de los planes de búsqueda y prueba sobre los textos examinados, se optó por una lectura “libre” y “elástica”, adelantada desde la glosa abierta de la retórica persuasiva, pero escoltada por una hermenéutica lógica estándar, si bien menos “opresiva” y “exigente” de lo que es “normal” en ella como “cancerbero” por excelencia de la pulcritud discursiva. Contando con el recurso de una simbiosis hermenéutica de especie tan peculiar –retórica y lógica– se hizo factible y hasta expedito el trabajo de definir y proponer el nuevo punto de vista que condicionara poder ver y entender al maestro bajo cuadrículas taxonómicas menos tradicionales y reverentes.

De esta manera un tanto flácida, si bien justificable, se obviaba la incongruencia de aplicar al lenguaje del diálogo examinado, un estatuto de reglas lógicas hoy vigente que aún no existía plenamente en el 399 a.C. desde el punto de vista de la definición exacta de sus componentes y por lo tanto de su organización taxonómica. Todavía el joven Aristóteles de Macedonia no se debatía en medio de las dificultades anejas a organizar las ideas básicas de su sistema de lógica, cuyo compendio magno recibiría el universal y sugestivo nombre de *Organon*.

La tesis que aquí se postula y sustenta, no se refiere en particular a sofismas, falacias y otros rompecabezas

lógicos, en cuanto tales, por el solo hecho de emerger o hacer presencia en el discurso del maestro. De lo que trata efectivamente el problema es de la voluntad, intención o dolo, de parte del filósofo, en el sentido de ejecutar maniobras, preparar trucos, valerse de estratagemas o de otros comportamientos sofisticados, “innobles” en el contexto, para alcanzar con ello determinados dividendos personales y ventajas procesales.

Lo que se busca con esta especie de exploración y análisis es implementar un método de interpretación de los textos de la *Apología*, que deje leer a Platón y comprender a Sócrates* con “ojos” distintos de los que han sido “tradicionales” o “clásicos” en el curso evolutivo de la hermenéutica, la retórica y la lógica formal aplicadas. Un mismo texto puede ser objeto de diferentes lecturas y cómplice potencial de todas estas. O de ninguna. La lectura tradicional del diálogo nos oculta *ex profeso* los rasgos “indeseables” de comportamiento del sabio, los soslaya, los ignora, los trata como si no hubiesen sido propios de él. La lectura subversiva asume la responsabilidad de definir lo que entiende por “rasgo conductual indeseable en el comportamiento de Sócrates”, el punto de vista para determinarlo y el método escogido para comprobarlo.

* Sócrates no era oriundo de la ciudad-Estado de Atenas, propiamente tal, sino de un villorrio extramuros, llamado Alopece, que era de la jurisdicción geo-política de la metrópolis. Por eso, Sócrates ostentaba la condición y gozaba de los privilegios del ciudadano ateniense.

Bajo la perspectiva de la lógica formal antigua, aplicada a la investigación histórica de género documental, se trazaron las líneas dogmáticas más gruesas del cronograma de exploración correspondiente. Pero los planteamientos metodológicos más sutiles, tocantes, por ejemplo, a operaciones formales hipotéticas sobre demostración y prueba, o relativas al hermenéutico propósito de “leer entre líneas” los textos de los diálogos, mostraron deficiencias capitales bajo la égida de aquella concepción tradicional.

La metodología platónica, que ideó y se sirvió de argumentos lógicos y estrategias retóricas para obtener ventajas sobre las tesis del orador rival, no mostró la eficacia esperada para desambiguar las paradojas que ella misma engendraba, por ejemplo, debido al uso indolente de la sintaxis lógica. Fue preciso, frente a tal predicamento, “separarse” del lenguaje del texto (lenguaje objeto) y colocarse “por encima” de él con un lenguaje de más alto nivel semántico (metalenguaje analítico) que lo procesara y calificara, para poder aproximar así “salidas razonables” a la serie de inconsistencias descubiertas.

El concepto de método es una categoría matriz de la teoría socrática. La lógica, en Sócrates, no es una jerarquía de preceptos formales sacados del contacto con el mundo circundante para organizar correctamente el pensamiento. Más bien se trata de un pen-

samiento lógicamente organizado que impone al mundo que lo circunda la jerarquía de sus preceptos formales. La lógica no es un mero agregado de preceptos o atributo nocional complementario de la intelectualidad de Sócrates; es la esencia misma de su alta condición de sabio y de su empinada investidura de filósofo mayor.

Con todo, para ser capaces de aplicar el saber lógico a la vida real, hace falta la teoría del método que lo justifique y la receta de las técnicas que lo hagan viable. El sabio descubre el método de la inducción verbal o de la persuasión progresiva, y pergeña el de la definición universal por el género próximo y la diferencia específica, así como inventa, aplica, teoriza o enseña las técnicas dialogales y erísticas de la mayéutica o de los argumentos por medio de la ironía, la reducción al absurdo y la petición de principio.

Enseña Platón que el mundo circundante, por ser copia imperfecta del universo de los arquetipos eternos, tiene una lógica ilegible, apagada, desmañada, imperfectible y decadente. Para acceder al conocimiento de esos atributos en un estado aproximado al de su inmarcesible plenitud ontológica, hay que estimular mayéuticamente la memoria del alma (anamnesis) en el proceso de intentar conocernos a nosotros mismos como garantía de alcanzar la condición de varones probos y virtuosos. El alma noble, encinta de los recuerdos de su paso fugaz por el universo de lo ab-

suelto, los da a la luz como aproximaciones mnémicas plausibles de los modelos infinitos. Sócrates, por supuesto, es el obstetra callejero y descalzo que ayuda al quejumbroso parturiento a pujar y expeler sus duras y recalitrantes verdades.

El método aplicado por el orador para comunicar sus ideas en el discurso hablado o en el que se vierte por escrito, no es un instrumento dispensable que presta pasajera y funcionalmente un servicio funcional y del que se puede prescindir a voluntad sin dejar sobre lo operado huella alguna de su influencia material ni señales de su “impronta” estructural. Muy por el contrario, hay testimonios a granel de que la morfología sintáctica que exhiben muchas doctrinas (virtudes de estructura y defectos de función), es efecto, en general, de la influencia del método aplicado, especialmente cuando este rebasa la función de organizar la praxis exploratoria o probática, para convertirse en renglón teórico y razón de ser de la ciencia, arte o disciplina correspondiente.

Los métodos, por consiguiente, no son simples colecciones de reglas que prestan servicios varios al quehacer cognoscitivo. Una vez aplicados a un dominio, dirigen los actos inteligentes y ayudan a generar resultados. Un método no es algo “bueno” o “malo” en sí mismo considerado, aunque su aplicación produzca efectos que se suelen calificar de lo uno o de lo otro. Sócrates ufanaba el privilegio de de-

tentar la mayéutica, técnica por excelencia del método que conducía al conocimiento de sí mismo: concepto clave para acceder a la sabiduría que se mostraba en la virtud moral y la “inmunidad espiritual” frente a la tentación de cometer injusticias.

Es en virtud de tales situaciones epistemológicas, que el método no se cuenta como “medicina” de las patologías que él mismo engendra en el nivel del lenguaje en que estas tienen ocurrencia. Es forzoso “sacarlo” de su espacio “natural” y sintomático para uparlo en otro más “alto y distante” –el espacio del “metalenguaje”– desde donde le sea cómodo al cognoscente manipular una jerga terapéutica que se encargue de operar “sanaciones” sobre el lenguaje “enfermo” que se ocupa de las cosas en el mundo.

Es decir, el método del “lenguaje uno” tiene por objeto el mundo real y el método del “lenguaje dos”, tiene por objeto el método que tiene por objeto el mundo real. Mediante la técnica conocida como de los “niveles del lenguaje” se resuelven paradojas auto-referentes de variado tipo. En los tiempos de Sócrates y Platón, estos recursos de la metalógica no eran aún parte del menú de herramientas conceptuales destinadas a resolver incongruencias o desambiguar disparates en el contexto general y abstracto de los discursos y contiendas. Pero la técnica de la mayéutica facilitaba barruntar las primeras aproximaciones al meollo del asunto. No son escasos

los trozos dialogales en que Sócrates cavila y discurre con términos meta-semánticos que se refieren a los términos referidos a las cosas.

Bajo la lupa del análisis lógico, los enunciados “Conócete a ti mismo” y “Solo sé que nada sé” evidencian la estructura sintáctica de dos o más niveles de lenguaje, que es una propiedad invariable del conocimiento auto-referente. Esta clase de información sobre las reglas de la metalógica es imprescindible para adelantar correctamente el análisis lógico del pensamiento de Sócrates vertido en el diálogo que nos ocupa y en todos los demás de Platón que se denominan “socráticos”. Los cálculos de la lógica borrosa y las preceptivas del pensamiento no monótonico son “herramientas” modernas de variada utilidad teórica y práctica cuya correcta aplicación ayuda a desembrollar el género de problemas que se gesta en los principios auto-referentes de la reflexión socrática.

El objetivo principal de la investigación –luego también de la obra– cual fuera el de ofrecer una interpretación heterodoxa y profana del Sócrates “defensor de sí mismo”, no podía lograrse a través de la glosa directa y consecutiva de los párrafos examinados ordenadamente línea por línea y página tras página. Era preciso, para obtenerlo decorosamente, darse a la cuidadosa tarea de desglosar conceptos matrices, leer entre líneas lo que no se quiso “sacar del tintero”, des-

cubrir micro-conexiones lógicas para inferir datos escondidos, consultar otros diálogos para espigar incongruencias, intuir intenciones protervas a partir de ciertas estrategias y tácticas “tramperas” e improvisar construcciones holísticas para imaginar una o más macro-visiones de conjunto.

El método analítico, apuntalándose con las técnicas lógicas de la analogía y la síntesis, desbrozó los atajos que facilitaron el tránsito hacia la finalidad propuesta. La analogía se aplicó en sus dos modalidades mayores: como simple comparación de cosas o sucesos, y como inferencia contingente, de conformidad con las preceptivas que la gobiernan. La síntesis permitió amalgamar hipotéticamente conjuntos de datos disociados entre sí —como los provenientes de las obras consultadas y los que aludían a los borradores de las hermenéuticas aplicadas en la resolución de problemas— hasta convertirlos en rubros autónomos que pudieran fungir de premisas en cierto género de inferencias.

El empleo de la metodología y la aplicación de las técnicas en el tratamiento de los temas de esta obra, se revelan al ojo experto de modo explícito, algunas veces, y de manera implícita, otras. La exposición o discusión crítica de las ideas principales, no queda amarrada a uniformidades ordinales o resguardos metalógicos severos, porque no se trata de un libro didáctico destinado a enseñar a los neófitos los rudimentos de la lógica erística y las

peculiaridades de la retórica socrática, sino de un ensayo jus-filosófico y hermenéutico de cierta densidad conceptual acerca de cuya calidad no hay sonrojo de parte nuestra al suponer que amerita con unas cuantas creces la bienvenida por parte de los “pares” más justos, que son, en primer lugar, los lectores críticos, los observadores analíticos y los historiadores independientes.

El tratamiento hermenéutico que reciben en esta obra las respectivas “apologías” escritas por Platón y Jenofonte, ensambla la crítica comedia que reconoce y trata con deferencia la admirable “estatura” del genio, pero que no se arredra ni paraliza llegado el momento de identificar errores lógicos, localizar falacias o denunciar delitos morales, en las argumentaciones litigiosas del maestro. Por el contrario, son precisamente la lógica y la retórica del discurso, el punto de mira desde el cual se analizan las estructuras sintácticas y se pondera la pertinencia semántica de los parlamentos dialogales “jurídicos” sometidos a examen. La moral a tener en cuenta es la de los preceptos generales de la eticidad jurídica, vigente a lo largo de la historia como reglas morales del “sentido común justiciero”, o como desarrollos argumentativos muy amplios de la filosofía ética.

La investigación estuvo en parte consagrada a la ideación de argumentos verosímiles, dados los respectivos contextos, para lucubrar con holgu-

ra acerca de lo que aquí se identifica como “carácter moralmente reprochable” de algunas actuaciones litigiosas de Sócrates en el transcurso de su audiencia. El término “verosímil”, puesto como función predicativa de “argumento”, quiere dejar en claro a los lectores, que la versión socio-ética que aquí se sustenta sobre la moralidad de comportamiento del filósofo, es una “lectura” o “glosa hermenéutica”, entre otras posibles, de los libros que sobre el particular de aquella apología, escribieran Platón y Jenofonte y glosaran multitud de exegetas a lo largo de la historia.

Los investigadores científicos saben que la historia no se reduce al nudo recuento behaviorista de los hechos que constituyeron un episodio o segmento del pasado. Entre un hecho y otro, yacen un “por qué” y un “cómo”. Pero los hechos no forman, unos con otros, sartas ordenadas e inmóviles de sucesos y conductas, sino que constituyen complejas asociaciones y enmarañadas sociedades de cosas cambiantes. Muchas veces, el episodio de la historia que se desea “rehacer” acoge diferentes maneras o métodos de ordenar sus componentes, de acomodar sus “cómo” y sus “por qué” en los nichos taxonómicos más sugestivos que hayamos podido descubrir.

Uno de los supuestos profilácticos mejor aplicados en la exploración histórica y hechura de este libro fue el de no tomar como “verdades indiscutibles” las opiniones y juicios atribui-

bles a Platón y Jenofonte. La precaución estaba bien justificada si se tiene en mente que el portentoso Platón —mucho más filósofo y escritor que Jenofonte— su coetáneo antagonista ha ocupado durante casi dos milenios y medio, la jerarquía más encumbrada que pensador alguno, en materia de autoridad filosófica, haya podido alcanzar. Disentir de Platón, en el concepto de muchos historiadores, es, además del consabido sacrilegio doctrinario, una imperdonable muestra de estulticia.

El vetusto culto a la autoridad intelectual de este hombre superior, apodado “El Divino” por su alcurnia nobilísima, no encontró demasiadas oposiciones sistemáticas en el curso de la historia. Algún filósofo iconoclasta hizo valer sus delirios dinamiteros poniéndole explosivos báquicos al método logicista de los diálogos. Popper se alzó en rebelión ideológica contra el historicismo metafísico de todas las calañas, comenzando por Platón, y Jacques Bouveresse escribió en francés una novedosa “carga de caballería” o tonada de clarín antiplatónico, cuyo título parece tan gracioso como persuasivo: *El culto a Platón y otras idioteces filosóficas*, que es, para muchos jóvenes intelectuales de Europa, una especie de abecé espontáneo de la anti-filosofía contemporánea.

Un factor de robustas bases y oportuno apuntalamiento de la tesis que denuncia las “fechorías” éticas de Sócrates en el proceso judicial, es el aso-

cio que se cumple entre la comisión de falacias o sofismas en su discurso y las consecuencias favorables y desfavorables que de ello se desprendían, respectivamente, para el orador tramposo y para su víctima. No se trata de la involuntaria, casual y ciega concomitancia entre los dos sucesos, según podría colegirse, sino de una bien entendida, aunque “simple”, relación de causalidad.

El desarrollo ordenado de los temas explorados trajo consigo interrogantes axiológicas mucho más graves que las formuladas al principio sobre ciertas extralimitaciones formales del filósofo en el curso de su autodefensa jurídica. Atando ciertos cabos que han permanecido sueltos por más de 20 siglos, se alcanza a vislumbrar que Sócrates no solo era capaz de perfilar estrategias para inducir en el error al orador adversativo en el desarrollo de aquel proceso judicial, sino que, en la vida corriente, había carecido de escrúpulos en servirse de la superchería pagana de un oráculo para consolidar su condición de “más sabio” y justificar su misión espuria de apóstol del dios-sol.*

* Esa es una diferencia de fondo entre las críticas a Sócrates relacionadas con el “viraje” que a partir de él experimenta la filosofía al cambiar la lira del poeta filosofante por la dura prosa de la lógica entronizada como reina del discurso y acoger la ética, valorada como digno objeto de la reflexión del sabio. La lógica, a su vez, que es garantía de la moralidad del genio, ha visto comprometido su pulquérrimo talento debido a comportamientos del sabio que se perciben en esta investigación como “indelicados”, “ventajosos”, “engañadores”, “dolosos”, “abusivos”, “petulantes” y “soberbios”. No son delitos juzgados por la Justicia, ni pecado “grave” sancionado por la religión. Son faltas contra el precepto moral que tutela la integridad y escolta la dignidad de la investidura que distingue a una persona respetada como ejemplo de virtud y modelo de sabiduría.

La investigación, por consiguiente, amplió el panorama de su objetivo y con interrogantes audaces y respuestas bien pensadas, se propuso brindar a sus factibles lectores el perfil de un Sócrates mendaz, tramposo, aleve, soberbio y pendenciero; una imagen del sabio, contraria a la clásica o tradicional, o que fungiese de concepto contestatario de la representación ortodoxa que la historia ha conservado del filósofo desde que fuera originalmente pincelada por el verbo de Platón.

Bibliografía

- Abbagnano, Nicola (1964). *Historia de la filosofía*. Tomo I. Barcelona: Montaner y Simón.
- Aristófanes (1985). *Las nubes*. Orbis.
- Barros Cantillo, Nelson (2010). *La barba de Platón*. Conferencias Uni-atlántico.
- Belaval, Yvon (1961). *Sócrates. La filosofía griega*. Argentina: Siglo XXI.
- González Suárez, Amalia (1998). *Aspasia*. Madrid: Ed. del Orto.
- Jenofonte (1961). *Recuerdo de Sócrates*. Navarra: Salvat.
- Jenofonte. *Apología de Sócrates*. Aguilar.
- Kranz, Walther (1962). *La filosofía griega*. México: Uthea.

Kraus, René. *La vida pública y privada de Sócrates*.

Morilla, Benigno (2009). *Sócrates. Novela histórica*. Editorial Planeta.

Nietzsche (1968). *Estudios sobre Grecia*. Madrid: Aguilar.

Ortiz Rivas, Hernán (2009). *Sócrates*. Bogotá: Temis.

Platón. *Apología*. Obras completas. Aguilar.